

SERGI BELBEL

HAMLET.01

**[«STAND-UP TRAGEDY» A PARTIR DEL PRIMER ACTO DE
HAMLET, DE WILLIAM SHAKESPEARE]**

MÍNIMATEATRO, 31



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección MínimaTeatro, 31

© Sergi Belbel, 2026

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio, 2026

Publicado por PUNTO DE VISTA EDITORES
C/ Mesón de Paredes, 73
28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com
www.puntodevistaeditores.com
@puntodevistaed

Director de la colección: Felipe Díez
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Corrección ortotipográfica: Luis Porras Vila
Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

ISBN: 979-13-87624-34-7

Thema: DD

Depósito legal: M-14489-2026

Impreso en España
Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico,
cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com

PERSONAJES

HAMLET, hombre joven desorientado que se cuenta su propia historia
y los que se tercie que le escuchen

TIEMPO

Todos y ninguno, como el de un confinamiento

ESPACIO

Mente de Hamlet, con todo lo que eso signifique;
y cualquier teatro vacío, cerrado o abierto, en cualquier lugar
de Europa y más allá, preferiblemente sin pantallas

NOTA

Las réplicas del original son traducción propia

INDICACIONES

Ninguna, excepto las anteriores

HAMLET

¿Quién va? No, habla tú primero. Detente y dime quién eres. Dios salve al rey. ¿Bernardo? Sí, yo. Llegas puntual, a la hora convenida. Son las doce en punto. Ve a descansar, Francisco. Gracias por el relevo. Hace un frío bestial y mi corazón ya no aguanta más. ¿Una guardia tranquila? No se ha movido ni un ratón. Muy bien, buenas noches. Si te encuentras a Horacio y a Marcelo, diles que se den prisa. Los oigo llegar. ¡Quietos! ¿Quiénes sois? Gente de paz. Súbditos de Dinamarca. Buenas noches. Oh, adiós, buen soldado. ¿A quién has relevado? Bernardo ocupa mi sitio. Que tengáis buena noche. Sale. ¿Bernardo? Sí. ¿Horacio viene contigo? Solo un trozo de él. Bienvenido, Horacio. Bienvenido, buen Marcelo. ¿Qué? ¿Ha vuelto a aparecer aquello esta noche? Yo no he visto nada.

...

A mí, lo que me hace más gracia de este famoso inicio de la obra que lleva mi nombre, seguramente la más famosa de toda la historia del teatro de todos los tiempos, es el *solo un trozo de él* de Horacio.

¿Horacio viene contigo?, pregunta Bernardo a Marcelo. Solo un trozo de él, se oye. Y no es Marcelo quien habla. Responde el mismo Horacio refiriéndose a sí mismo, en tercera persona. Pero... ¿por qué dices eso, amigo? ¿Solo llega *un trozo*, una parte de ti? ¿Por qué? ¿Por el frío? ¿Porque tienes sueño? ¿O porque cuando apareces por el fondo del exterior del castillo (es decir, cuando pones el pie sobre la plataforma de detrás del escenario) primero asomas la cabeza, y luego el cuerpo y por eso cuando dices «una parte de él», para los espectadores y espectadoras, sobre todo las situadas abajo en platea, pero también en los balcones, aquello que dices corresponde exactamente a lo que ven en ese momento, es decir: «una parte del actor»?

¡Qué cachondo!

¿O acaso quieres decir que no te muestras enteramente, que lo que vemos es solo *una parte de ti*? ¿Y que, por lo tanto, ese trozo tuyo que llega se ha dejado otro trozo, bien grande, escondido en la habitación? ¿Y quien dice en la habitación dice en el armario? Ay, Horacio...

¿Qué? ¿Ha vuelto a aparecer aquello esta noche? Yo no he visto nada.

Muy bien. Mis amigos ven «aquello». Una cosa. Y no se atreven a decírmelo directamente y por ello han acudido a mi amigo más cercano, que es de los

pocos que osan decirme las cosas a la cara. Debo decir que Horacio, entero o a trozos, me quiere. Vete a saber si entero —con el trozo que se ha dejado en la habitación— no me quiere incluso más. Bien. Marcelo dice que llevan dos noches seguidas viendo «la cosa». Una «visión» horrible. Literal. Horacio no se lo cree en absoluto. Además de llegar un trozo de él, el trozo que llega es descreído. Por eso los otros dos le han pedido ayuda. Para que, si ahora por tercera noche consecutiva se presenta la aparición (hemos pasado de *cosa* a *visión* y luego a *aparición* en apenas unos segundos), el *trozo* de Horacio que está ahí lo compruebe con sus propios ojos. Y con sus oídos, por si acaso a la aparición le da por darle a la lengua. Y quién sabe si Horacio y la cosa-visión-aparición pueden incluso intercambiar unas palabritas y así su trozo descreído se vuelve creyente. Pero Horacio, o su trozo, es testarudo. Y engreído. «Tush, tush». Que no, que no. Que yo me siento, y tú dame palique, Bernardo, que ya está bien sacarme de la cama para blablá. Y Bernardo empieza que si las estrellas... que si cuando el reloj daba la una... y ¡PATAPÁN!, entra el fantasma. Atención: de cosa a visión, de visión a aparición y de aparición a fantasma. Vamos progresando. ¡Silencio! ¡Vuelve a estar ahí! La misma figura del rey muerto. ¡Hala, venga, Horacio, o trozo de él, valiente, tú que eres hombre

de ciencia, ateo, culto y tal, vamos, háblale ahora, anda, corre, majete! Y claro, Horacio, o su trozo, de golpe, cagado. Yo creo que, cuando se ha cagado, ya no era un trozo, sino él enterito. Cagado de la cabeza a los pies. ¿Se parece al rey, sí o no? No se parece a él, no, son clavados. ¡Háblale ya, por lo que más quieras!

¿Quién eres tú que usurpas esta hora de la noche? ¡Eh!, menudo estilazo, el amigo Horacio, ¿no? Que *usurpas* esta hora de la noche. ¡Usurpas! Que es como si dijera al fantasma: ¿con qué derecho *te haces tuya* la noche, la robas, la *usurpas*? Es un reproche. Clarísimo. Le está insinuando que no tiene derecho a ella. La noche es, para el amigo Horacio, propiedad de los vivos. Con toda probabilidad, de los vivos y de los jóvenes. Se le ha escapado aquella arrogancia de los hijos de papá que se adueñan de la noche para combatir la decepción al levantarse y no ver reflejada en el espejo la cara de su padre. Sé de lo que hablo, yo también. Y, acto seguido, describe al fantasma, más exactamente el uniforme de guerra de cuando le enterraron (no precisa si está igual de bien conservado o está envejecido, deshilachado, hecho harapos —no sabemos si en el limbo las cosas se conservan o se degradan—), sea como sea, lo describe militarizado y luego lo alaba brevemente. Majestuoso, le llama. Después, Horacio, aun cagado

—y digno (y subidito; a veces el canguelo te provoca eso, que te crezcas)— le dice:

¡Por el cielo, te ordeno que hables!

Vaya. Arrogancia absoluta. En cuestión de segundos, el chaval ha pasado de guasón enigmático (llega solo un trozo de mí) a incrédulo ateo radical (me espero aquí sentado, ¡hala!, vamos, habla tú), pasando por el miedica (me llena de pavor y de estupefacción), por el creyente (se traga que mi padre muerto resucita hecho zombi) para acabar en mandón petulante (te ordeno que hables), y todo para disimular y contener la cagalera que le ha dado.

Y el fantasma, no sé por qué narices (supongo que porque yo no estoy ahí, o no, ¿quién conoce realmente el humor de los fantasmas?), no pronuncia media sílaba y se va. Cuidadín: no dice «desaparece». Que es lo que se supone que hacen los fantasmas: aparecer y desaparecer; y como dice el dicho: «Tal como vino se fue». No, no. El fantasma *sale*. Del mismo modo que antes dice el fantasma *entra*. Más adelante hablaremos de este insólito fenómeno: *entrar* y *salir* son dos acciones que aquí se rigen por leyes diferentes a las de la vida ordinaria. Bueno. El fantasma *sale*. Ya ves. Con sus propios piececitos. O a caballo, como hizo entrar (y salir) una vez un director de esos famosos del siglo de las dos más grandes guerras de la historia. El muy

cabrón. Que en paz descansa. Cabrón, sí: perjudicó fatalmente a todas las posteriores escenificaciones de mí. Más tarde explicaré por qué. Bueno. Continuemos. Que enseguida me voy de una cosa a otra y entonces pierdo el objetivo. ¡Hamlet, céntrate! ¡Vamos! De hecho, ahora que lo pienso, esta es una de mis características más singulares. Tengo que hacer una cosa y la cabeza se me dispara y que si esto y que si lo otro, que si soy o no soy, o que si estoy o no estoy, o estoy pero no estoy del todo y, hala, ya la hemos liado y, si te he visto, no me acuerdo. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios mío! Pues, ¡mira, sí!: ante Dios afirmó el pobre Horacio ahora ya hecho trizas (más que trozos) que jamás habría creído en fantasmas si sus ojos no hubiesen visto uno. Y, a continuación, cita dos hazañas de mi padre, de cuando vivía; una, que ganó a un rey noruego muy ambicioso, y dos, que derribó sobre el hielo a unos «polacos» que iban en trineo. Y aquí me voy a detener un poquito, porque acabamos de darnos de bruces contra una de las grandes putadas que nos dejó el autor que me creó. Que en realidad no dejó nada escrito en vida porque no se preocupó ni lo más mínimo de ello. El muy cabrón. Más que el otro y todo. Fueron dos de sus actores los que se propusieron fijar las palabras en letra escrita algunos años después de su muerte y ahí empezaron los problemas. A ver: ¿por

qué narices mi padre tiene que ser reconocido por *derribar de un trineo sobre el hielo* a unos cuantos *poloneses* indefensos? *Polacks*. Polacos. O poloneses, dicho más fino. *The sledded Polacks*. *He smote the sledded Polacks on the ice*. Derribó sobre el hielo a unos polacos que iban en un trineo. A ver. Yo no digo que no lo hiciera. Mi padre era capaz de eso y más. Pero que esta sea una gesta suya que deba destacarse ahí, de madrugada, a veinte bajo cero, después de haber visto su cadáver yendo y viniendo, flotando en el aire... Hombre... ¡Qué queréis que os diga! La realidad es que la transcripción de *polacks*, polacos, poloneses, tal vez no es del todo acertada. *Polacks*: ¿polacos? ¿O... *pole axe*: palo de hacha? *Pol*: palo, o mango. *Axe*: hacha. ¿Dice *sledded Polacks*: polacos en trineo, o tal vez *leaded pol axe*: «su mango de hacha»? ¡Vaya, vaya! Por lo tanto, en estos versitos de Horacio, tal vez de dos hazañas, nada. Solo una y punto. Lo que hizo mi padre, en lugar de tirar al suelo sobre el hielo a unos pobres niños de Polonia que patinaban por allí, tal vez fue blandir «su hacha por el mango y clavarla en el hielo» al encontrarse frente a ese rey noruego tan reputado a modo de desafío. En fin. Además de una trama enrevesada, llena de incertidumbres de transcripción. ¡Si es que...!

Pero sigamos. Marcelo dice que el fantasma ya lleva dos noches haciendo fantasmadas vestido de

militar y el amigo Horacio va algo más allá e interpreta los hechos como una posible futura y extraña conmoción en todo el Estado. ¡Hala! ¡Ya estamos! Llevamos dos minutitos de nada y ya hemos pasado de una historia de fantasmas a aquello de lo que más nos gusta hablar y, sobre todo, discutir: *la política*. Y dicho y hecho, Marcelo empieza a enumerar una retahíla interminable de quejas ciudadanas digna de cualquier europeo de clase media de centro-izquierda: que si por qué los gobernantes se gastan tanto dinero en vigilancia policial nocturna, en fabricación de armas, en comercio fraudulento con países en guerra; que por qué hay trabajadores clandestinos currando a todas horas en almacenes de la zona portuaria, sin respetar convenios y saltándose los horarios homologados y reglamentarios, blablá. Ante lo cual, Horacio dice: ¿tú hablas tanto? ¡Pues yo más! Y ya puestos a parlotear de política, allí, pasada la medianoche, a la intemperie, a veintisiete grados bajo cero o más, él echa el resto y les mete a sus amigos Bernardo y Marcelo un rollazo de la hostia sobre una disputa territorial entre mi padre, que se llamaba Hamlet, como yo (o al revés, vaya) y el rey de Noruega del que hablábamos y que se llamaba... Fortimbrás, como su hijo (o al revés, vaya), y al que mi padre venció en una batalla a brazo partido de resultas de la cual Dinamarca se quedó con

unas tierras que antes eran tuyas y que ahora son nuestras. Y nos informa de una cosa realmente importante, aunque más tarde se olvidará, como tantos y tantos otros cables sueltos de esta historia, que sacará la cabecita un poco antes de acabar y que se hará definitivamente visible justo al final, en el jaque mate, con toda la pompa: que aquí todo se limita a un asunto de *política territorial*. Porque Horacio, un minuto después de ver al fantasma de mi padre, en vez de quedarse temblando como una hoja cagado de miedo abrazado a un árbol, en vez de ponerse a vomitar o a desmayarse o a gritar, que es lo que haría una persona *normal* después de ver un fantasma que va revoloteando por los exteriores del castillito, pues no, se pone a charlar de política, y más concretamente de *política territorial* como si estuviera en la taberna del pueblo tomándose un carajillo a las tres de la tarde mientras juega al dómينو con sus amigos. Pero, en realidad, lo que hace es informarnos de lo que, según mi opinión, es lo más importante de esta historia: que el hijo del rey noruego que mi padre Hamlet se cargó, Fortimbrás hijo, se ha propuesto vengar la muerte de su padre y acaba de reclutar a un ejército entero para recuperar las tierras perdidas. Vengar la muerte de su padre... Y, mientras tanto, yo, ¿dónde estoy? Pues en la cama, roncando a pata suelta.